

MARI JUNGSTEDT

NO TE PIERDO DE VISTA

Traducción:
CARMEN MONTES CANO



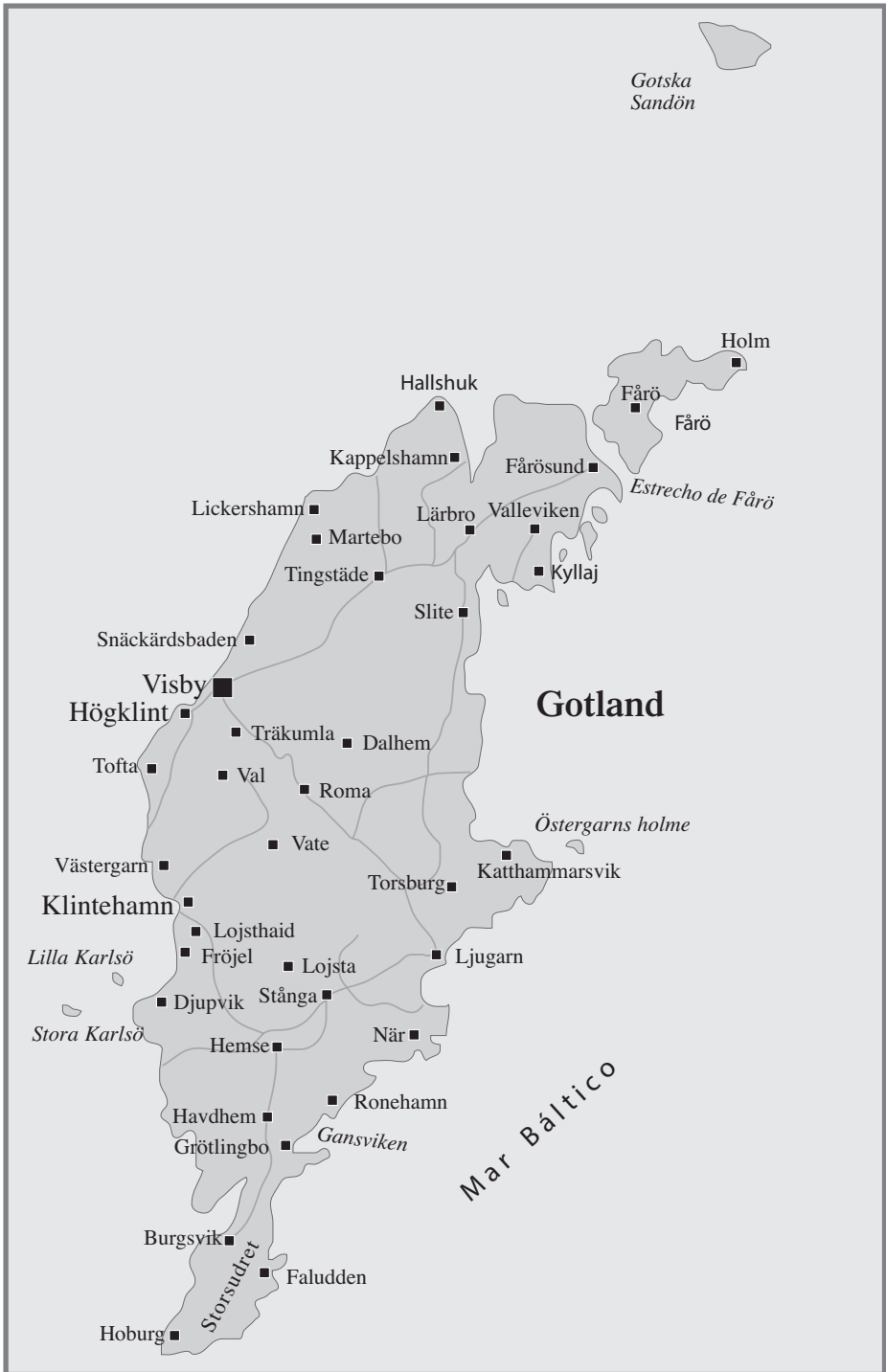
MAEVA | NOIR

*Para Josefin Nilsson,
una rosa de Gotland a la que siempre recordaremos.
Sentimos pasión por ti, ahora y en el futuro.*

SUECIA



GOTLAND



Tiempo atrás

YA HABÍA OSCURECIDO cuando más de cien estudiantes con sus mejores galas acudieron a la sede de la Asociación Universitaria de Gotland en Uppsala para participar en la celebración más popular del año. El ambiente festivo se percibía desde el vestíbulo de entrada, donde todos se agolpaban ante el guardarropa y en la cola, donde esperaban para que tachara su nombre de la lista el tercer delegado, un joven ataviado con una tela de saco adornada con tiras de piel de oveja gris, para subrayar el tema de la fiesta, y un gorro de piel de cordero con unos cuernos considerables que le sobresalían a ambos lados de la cabeza.

Había llegado la hora del tradicional banquete de cabezas de cordero. El primero se celebró en torno a 1950, y la tradición había pervivido desde entonces sin interrupción. Tan noble fiesta otoñal se consideraba un importante acontecimiento en la vida estudiantil de Uppsala, las entradas se habían agotado en un abrir y cerrar de ojos, y la expectación ante la velada no podía ser mayor.

Los invitados avanzaban despacio apretujados en la escalera que conducía al bar del saloncito donde servían el champán. Lucía una decoración antigua e imponente con muebles de estilo gustaviano, arañas en el alto techo y paredes donde colgaban retratos de antiguos directores. Los participantes no

eran solo alumnos de Uppsala, también había integrantes de las asociaciones de Halland, en Lund, y de Åboland, en Åbo, así como algunos miembros de honor a los que habían invitado.

La indumentaria era desenfadada, pero elegante: la mayoría de los chicos llevaban traje, y las chicas, brillantes vestidos de satén. El característico individualismo de la época se manifestaba con discreción en el corte innovador de los trajes de gala en hombros, espalda y escote, y en la forma tan original en que los jóvenes se anudaban la pajarita. Algunos llevaban camisa blanca y corbata de piel de oveja. Los estudiantes, que estaban divididos en animados grupos con copas de champán en la mano, sabían cómo comportarse en los salones más elegantes. Eran comedidos, usaban perfumes de calidad y tenían una educación exquisita.

Unos golpes en el suelo interrumpieron de pronto la animada charla. Todas las miradas se dirigieron al maestro de ceremonias de la asociación, un joven alto con traje de gala académico: frac con chaleco negro, gorra de estudiante y guantes blancos. Le cruzaba el pecho lo que parecía una cinta de una orden en color blanco, granate y azul claro, de la que colgaba una pieza de metal con el escudo de la asociación. Sostenía un báculo de dos metros de altura, adornado con el cráneo de una oveja de Gotland con sinuosos e imponentes cuernos, y que utilizó para aporrear el suelo y reclamar la atención del público. Era hora de que los invitados se sentaran a la mesa.

El animado parloteo continuó en el salón de celebraciones, cuyos amplios ventanales estaban orientados a las oscuras y relucientes aguas del río Fyrisån, la imponente silueta de la catedral y el hermoso edificio blanco del museo de Uppland. Pese a todo, la vista solo podía intuirse en la oscuridad de noviembre gracias a las farolas y a la clara luz de la luna.

La Asociación Universitaria de Gotland era la única de las trece existentes que se encontraba en el lado «equivocado» del río, que discurría por el centro de la ciudad. Todas las asociaciones se reunían en la otra orilla. Sin embargo, según los gotlandeses, el río Fyrisån representaba el Báltico, por lo que la localización les parecía justificada.

Las mesas estaban elegantemente dispuestas con velas, manteles de hilo y porcelana blanca. Apenas se habían sentado todos en sus puestos cuando empezaron a servir en las copas la bebida típica local, una cerveza casera que se obtenía a base de malta, ramas de enebro y lúpulo, y que poseía un aroma ahumado muy característico. Puesto que existían tantas recetas como municipios había en la isla, podía variar mucho el sabor. Los vasos se llenaban sin cesar con la oscura y grumosa bebida.

Erik Bygdeman, estudiante de Derecho, acababa de sentarse junto a la joven que era su compañera de mesa cuando notó que le vibraba el teléfono en el bolsillo. No hizo caso. Solo había dos personas que le enviaran mensajes los sábados por la noche: su novia, Amanda, que le escribía siempre que estaban cada uno por su lado en una noche de fiesta, o su madre, que quería charlar de cosas sin importancia para matar el tiempo y la soledad. Y su novia no podía ser.

La habían colocado demasiado lejos de él, en una mesa larga, al otro lado de la sala. Para colmo, había una columna que le tapaba la vista, así que, cada vez que quería asomarse y verla, tenía que desplazar un poco la silla a un lado. En ese momento estaba enfrascada en la tarea de darle conversación a su compañero de mesa, Gabriel Elling, el atractivo y carismático primer delegado de la asociación. Cómo no iba a caer Amanda precisamente a su lado, uno de los puestos más honrosos en la cena. Resultaba imposible no percibir el interés de Gabriel por ella, de

eso ya se había dado cuenta Erik hacía mucho. Y su novia no daba señales de tomarse a mal sus sonrisas seductoras y sus miradas indiscretas, su modo de ponerle la mano en el brazo en cuanto quería subrayar lo que le estaba diciendo o cómo le apartaba un rizo de la cara de vez en cuando. Un gesto íntimo que debería tener reservado para su novio.

Erik sintió cómo, en lo más hondo de su ser, empezaban a formarse negros nubarrones. Reconocía a la perfección ese desasosiego, y pensaba que no iba a permitir que le estropeara la fiesta. Hizo lo posible por apartar la amenaza de los celos y se esforzó por centrarse en su compañera de mesa, una chica rubia vestida de negro que le dijo que tenía veintidós años y que estudiaba Económicas. Erik no la había visto antes, y pensó que parecía bastante corriente y aburrida; seguro que no le interesaría lo más mínimo conocerla más a fondo. A pesar de que acababa de prometerse que tendría cuidado con el alcohol, apuró el vaso de cerveza y pidió otra.

Micrófono en mano, la encargada de las cancioncillas con las que irían acompañando los chupitos empezó a entonar la primera del cuaderno que cada invitado tenía en un sobre. Luego se tomaron el primer plato mientras bebían chupitos, pronunciaban discursos y cantaban en el dialecto de Gotland con el correspondiente baile de movimientos gimnásticos. Todos debían ir metiéndose debajo de la mesa o subiéndose en la silla con los brazos extendidos.

El punto culminante llegó cuando sirvieron el plato principal. Un violinista empezó a interpretar la *Marcha nupcial de Gotland* y, al ritmo de la música y de los golpes de los comensales sobre la mesa, entró bailando un grupo de jóvenes camareros que llevaban grandes bandejas con cabezas de cordero asadas. Solo llevaban un paño alrededor de las caderas y, en la cabeza, el gorro de piel de cordero con su par de cuernos. A cada comensal le sirvieron media cabeza con puré de nabos y un chupito. La

tradición mandaba extraer también el ojo y meter el cristalino en un vaso de chupito, antes de apurarlo entero.

ERIK SE PASÓ la cena evitando mirar a su novia y a su compañero de mesa. Era muy consciente de que los celos se debían solo y exclusivamente a su propia inseguridad, una inseguridad que lo embargaba y que era responsabilidad suya mantener a raya. Siempre empeoraba cuando bebía, así que trataba de contenerse, pero resultaba difícil cuando no paraban de proponer un brindis tras otro. Además, tenía el estómago vacío, y eso no mejoraba la situación. Ya tenía hambre cuando llegaron, y en media cabeza de cordero no había mucha carne, eso estaba claro. Había tratado de sacar la de la carrillada como pudo, pero no había conseguido más que unos bocados. Por suerte, la hamburguesería del centro abría de noche los fines de semana. Desde luego, le haría una visita cuando terminara la cena.

Erik conversaba con educación con los compañeros que tenía enfrente, a derecha e izquierda, pero ninguno de los que había a su alrededor lograba captar su interés. Notó varias veces que le vibraba el teléfono, pero no se molestó en responder. En esos momentos no tenía fuerzas para hablar con su madre.

El coro hizo su entrada y comenzó con un madrigal renacentista a varias voces. El director aclaró que trataba sobre el amor, pero Erik sospechaba que, en realidad, hablaba de sexo. El título, *Come again*.

Erik se atrevió a mirar hacia donde se encontraba Amanda. La silla estaba vacía, al igual que la de su compañero. De nuevo lo invadió la angustia. Ya no oía el canto que resonaba en el escenario, expresamente montado para esa noche. Lanzó una mirada rápida a su alrededor con la esperanza de descubrir que Amanda se encontraba en otra mesa hablando con sus amigas.

Pero no se la veía por ninguna parte. Empezó a darle vueltas a la cabeza. ¿Habría ido a los servicios? Pero ¿por qué no había aprovechado para acercarse a su mesa a preguntarle cómo le iba e incluso para darle un beso, y así demostrarle a Gabriel y al mundo entero que de verdad eran novios? Que estaban juntos. Quizá incluso podría haberle preguntado si no quería acompañarla...

Cuanto más pensaba que Amanda había preferido no hacer nada de eso, peor se sentía. No, qué va, había salido y punto, sin preocuparse por él lo más mínimo. Y, además, con el seductor de Gabriel. ¿Qué demonios pretendía? ¿Dónde se habrían metido?

Como inmerso en una bruma vio que todos aplaudían. Al parecer, el coro había terminado su actuación, pero ya no le importaba lo que sucedía a su alrededor. De nuevo se llenó el vaso con más cerveza local y lo apuró de dos o tres tragos. Luego se levantó súbitamente y salió de la sala a grandes zancadas, sin apenas poder ocultar la frustración que sentía. De camino a la salida volcó sin querer una copa de vino, y oyó a su espalda un grito de mujer y el ruido del cristal al estrellarse contra el suelo, pero siguió adelante sin inmutarse, como si no se hubiera percatado de lo ocurrido.

Pasó rápido por delante de la barra. Allí no estaban. Bajó corriendo las escaleras y dobló la esquina hacia los servicios, junto al guardarropa, ahora desierto. Tres de los baños estaban libres, pero el más grande, que era un aseo accesible, tenía la luz roja encendida. Por si acaso, tiró un poco del picaporte. Sí, estaba cerrado.

Se quedó allí esperando con el corazón bombeándole en el pecho y con la boca seca. Cerró los puños con fuerza, no podía estarse quieto. Si salían del aseo los dos juntos..., ¿qué demonios iba a hacer?

Se humedeció los labios. Seguro que ya habían transcurrido varios minutos. ¿Qué estarían haciendo? Miró a su alrededor. Por allí no había nadie más. Se acercó a la puerta con sigilo y pegó la oreja tratando de oír lo que ocurría allí dentro. Ni un solo sonido. No oía absolutamente nada.

¿Estaría Amanda dentro con Gabriel? Ya estaba a punto de empezar a aporrear la puerta, pero justo cuando levantó el brazo, se abrió de par en par. La chica del guardarropa apareció ante su vista. Estaba pálida y se la veía turbada.

—Perdona que haya tardado tanto —dijo—. No me encuentro muy bien, tengo una regla horrible, ya me entiendes...

Puso cara de resignación, se encogió de hombros, pasó por delante de él y lo dejó allí plantado, con los brazos caídos delante de la puerta. A ver... Habían dejado los abrigos juntos en el guardarropa, y él se había quedado con la chapa, ¿no? Rebuscó impaciente en los bolsillos. Sí, allí estaba. Es decir, Amanda no se había ido. Al mismo tiempo, volvió a vibrarle el teléfono. ¿Y si era ella? Rebuscó nervioso hasta que sacó el móvil y tuvo tiempo de responder antes de que se cortara la llamada. Escuchó sin decir nada. Cuando terminó, apagó el teléfono y se lo guardó de nuevo en el bolsillo. Sin la menor vacilación, se dirigió al guardarropa, retiró el abrigo y se marchó de la asociación.

ALLÍ FUERA, DELANTE del edificio, todo estaba oscuro y frío. En la puerta había un par de vigilantes, y la gente había empezado a agolparse a la entrada. Pronto podrían empezar a pasar. Venía una banda a tocar en directo, así que la fiesta no se había terminado ni de lejos. Erik pasó a toda prisa por delante del grupito para no tener que pararse a hablar si se cruzaba con algún conocido, dobló la esquina, cruzó la calle desierta por delante del aparcamiento de bicicletas y bajó al río. En ese momento tomó

conciencia de lo borracho que estaba, porque le resultaba difícil caminar en línea recta.

Detrás de los arbustos que flanqueaban la carretera, había unos bancos. Allí reinaban la calma y la tranquilidad, y las aguas oscuras relucían a la luz de la luna. Al otro lado, las negras torres de la catedral casi daban miedo.

Se dejó caer en el último banco, el más próximo al agua, dispuesto a esperar, tal como le habían ordenado. Pasaban los minutos. El agua caía en la cascada algo más allá, para continuar luego entre las piedras, bajo el puente de Dombron. Revolvió en el bolsillo y sacó un cigarro. Lo encendió y dio unas caladas rápidas para calmarse.

Le rugía el estómago, aún tenía hambre después de una cena tan escasa.

De pronto oyó crujir la grava, había alguien justo detrás de él, pero no alcanzó a darse la vuelta. Todo sucedió muy rápido. Una mano lo sujetó con fuerza por el hombro. Un segundo después, un pinchazo en el cuello.

—¿Qué demonios?

No entendía lo que estaba pasando. Se le cayó el cigarro al suelo y se quedó en el asiento, paralizado. Notó que se iba adormilando poco a poco. Una rigidez extraña empezó a extenderse por todo el cuerpo.

Cada vez le costaba más respirar. Consiguió ponerse de pie y salió dando trompicones a la carretera al tiempo que se tiro-neaba del cuello de la camisa para desabotonarla. Se le fue el pie, perdió el equilibrio y cayó de bruces en el arroyo, justo al lado de la cascada. Las aguas gélidas caían a raudales a su alrededor, sentía el bramido en los oídos; tragó agua. Trató de protegerse con los brazos, pero no le obedecían. Sus movimientos eran lentos, torpes. Se esforzó por levantarse, por ponerse de pie, pero resbaló y se le fue el pie de nuevo en las rocas húmedas y lisas, y la corriente lo arrastró hasta los torbellinos. Entonces lo rodearon

las negras aguas. Como una imagen un tanto borrosa, veía allá arriba la luz de las farolas. Desesperado, trató de nadar hacia la superficie, pero los brazos no le obedecían. Intentó abrir la boca y gritar, pero no era capaz de producir ningún sonido. Lo último que vio Erik fue el oscuro cielo de noviembre, y que las nubes habían engullido la luna.

Al mismo tiempo que su cuerpo se hundía con la corriente, empezó a granizar.

ERA UNA TARDE soleada en la frontera entre el verano y el otoño, esa época del año en que la isla está más hermosa que nunca. El camino hacia la zona pesquera de Djupvik discurría totalmente recto, y estaba rodeado de una densa vegetación con altos pinos en la parte más cercana al camino. De vez en cuando, el paisaje se abría y se extendían ante la vista los campos recién cosechados. El agua aún estaba templada, debido al largo y caluroso verano, los turistas ya se habían marchado y la calma reinaba de nuevo. Los gotlandeses podían disfrutar solos de Visby y de las playas de arena, y los restaurantes y los hoteles aún seguirían abiertos un par de semanas, antes del cierre de fin de temporada.

En el coche que se dirigía a la playa el ambiente era de lo más animado. Los cinco jóvenes que viajaban en el viejo Land Rover llevaban comida, cerveza, vino y ropa de baño para pasar el fin de semana en la pequeña isla de Lilla Karlsö. Allí estarían solos en la única cabaña que era posible alquilar en la solitaria isla, para celebrar el reencuentro después del verano. Se habían conocido el año anterior cuando empezaron Derecho en la universidad, y se habían hecho buenos amigos.

Congeniaron enseguida y no tardaron en formar un grupo inseparable. Estudiaban y salían de fiesta juntos y, con el tiempo, dos de ellos habían llegado a ser pareja. Frida y Simon estaban

tan enamorados que los demás se preocupaban a veces por la cohesión del grupo. En todo caso, ahora tenían el ánimo a tope, y los cinco jóvenes pensaban disfrutar de lo que seguramente sería el último fin de semana de baño del verano.

Valter, que iba al volante, llevaba, como de costumbre, una chaqueta de pana y un amplio fular alrededor de las rastas. Sus padres eran artistas y dirigían una plantación ecológica en Fröjel, no muy lejos de allí. Ellos les habían prestado el coche para el fin de semana. A su lado estaba Rasmus, el más pulcro de todos. Guapo, bien vestido, siempre agradable y educado. Era de Visby, tanto su padre como su madre eran juristas y trabajaban en el juzgado de Gotland. Rasmus estaba más contento que de costumbre y, aunque en los últimos meses lo notaban muy discreto, los demás se habían dado cuenta de que debía de haber conocido a un chico nuevo. Rasmus mantenía su vida amorosa en un plano de lo más privado.

En el asiento trasero iba Annie, la agitadora del grupo, que compartía espacio con los tortolitos. Annie era de Uppsala, activista medioambiental y feminista, y le interesaba la política, pero, a pesar de que vivía en una ciudad universitaria marcadamente intelectual, que encajaba a la perfección con sus inclinaciones, había optado por estudiar Derecho en el campus de Gotland. Hacía cinco años que el viejo colegio universitario de Visby pertenecía a la Universidad de Uppsala, y Annie quería combinar la carrera de Derecho con los estudios en desarrollo sostenible que ofrecían en la isla.

Dejaron atrás el moderno restaurante de Djupvik y su elegante terraza con grandes cristaleras que daban al mar. Los clientes se sentaban allí fuera y disfrutaban de una cerveza o una copa de vino al sol de la tarde.

Abajo, en el pueblo pesquero, reinaba la calma. El quiosco de los helados había echado la persiana por fin de temporada, y la

mayoría de las cabañas estaban cerradas a cal y canto. El guarda de Lilla Karlsö, que cuidaba del ganado de ovejas autóctonas que pastaban en la isla y se ocupaba de las casas y de las visitas guiadas, sería quien los llevaría a la isla. Las embarcaciones de tráfico regular desde el puerto de Klintehamn habían dejado de circular hacía unas semanas.

Un par de barcos a motor seguían aún atracados en los muelles. El agua estaba en calma, apenas soplabla el viento y el sol centelleaba en el mar. Hacía un tiempo despejado y podían ver sin problemas las formaciones rocosas en la isla de Lillön, como la llamaba todo el mundo. Algo más lejos se recortaba en el cielo sin nubes la silueta algo más plana y extensa de Stora Karlsö.

—¡Ay, qué maravilla! —exclamó Frida al salir del coche y aspirar la fresca brisa marina—. ¡Ah, y ahí está Mårten!

Echó a correr entusiasmada hacia el encargado, que se acercaba a ellos desde el muelle. Mårten Kvist llevaba ropa de montaña y un par de botas. Tenía el pelo entrecano, pero era un hombre atractivo y ágil de cuarenta y tantos años, padre de cuatro hijos, que vivía con su mujer en una granja a tan solo un kilómetro del pueblo pesquero. Se acercó y le dio a Frida un abrazo.

—Hola, ¿qué tal? ¡Me alegro de verte!

—Bien, ahora que por fin hemos llegado. Tengo muchísimas ganas de llegar a la isla.

—Sí, y parece que hará buen tiempo todo el fin de semana. Frida les presentó a Mårten entusiasmada.

—Qué suerte que puedas llevarnos. Mis amigos no han estado nunca en Lillön, ¿no es increíble?

Sonrió satisfecha y sopló para apartarse de la cara el rubio flequillo.

El hombre se volvió hacia los demás.

—Os va a encantar, estoy seguro.

Los chicos recogieron el equipaje y se dirigieron al muelle. Márten tenía un barco de aluminio de proa abierta con un buen motor fueraborda. Entre todos metieron dentro las mochilas y las neveras. De pronto, a Valter le sonó el móvil. Lo sacó del bolsillo, frunció el ceño y se apartó un poco del muelle, de espaldas a todos mientras hablaba. Frida se lo quedó mirando. Parecía algo importante, se le notaba en la postura del cuerpo.

Los demás terminaron de colocarlo todo y se acomodaron a bordo, y Márten puso el motor en marcha y empezó a soltar los cabos preparándose para zarpar. Cuando Valter colgó y se volvió hacia ellos, tenía la cara pálida y el gesto serio.

—Lo siento, pero no puedo ir con vosotros. Tengo que arreglar un asunto. Es urgente.

—¡No! —exclamó Frida mirándolo decepcionada—. Tan importante no puede ser. Anda...

Cómo no iba a ser Valter el que se rajara en el último minuto.

—Vamos, Valter, venga ya —le dijo Annie con tono suplicante—. Llevamos meses planeando este fin de semana. Me apetece muchísimo que vengas. Apenas nos hemos visto en todo el verano.

—Claro. El mundo se las arreglará sin ti unos días —añadió Rasmus—. Anda, vente con nosotros. No habrá otra oportunidad en mucho tiempo, pronto tendremos que ponernos a estudiar un montón y no tendremos tiempo para nada.

—Da igual. Tengo que irme. —Valter se dirigió a Rasmus—. La mochila de rayas, ¿me la das?

—Pero, a ver, ¿qué es lo que ha pasado? —preguntó Frida preocupada.

—Ya os lo contaré. No es nada supergrave, nadie se va a morir. —Sonrió a medias—. Pero id vosotros.

—Ya se ha rajado otra vez —protestó Simon moviendo la cabeza, disgustado.

—¿Podemos ayudarte de alguna manera? —preguntó Annie.

—No, no podéis hacer nada —respondió Valter, resuelto—. Tengo que arreglarlo yo solo. Os recojo el domingo. Llamadme para avisar de cuándo queréis que venga a buscaros. Pasadlo bien.

Echó mano de la mochila y se alejó hacia el muelle.

PARECÍA QUE ESTABAN solos en el parque. Tenían las manos fuertemente entrelazadas. Septiembre era un mes precioso para pasear sin rumbo por el Jardín Botánico. La proximidad al mar y la protección de la muralla propiciaba un clima más cálido. Las rosas, la lavanda y las dalias estaban en plena floración, y los limoneros y algunas frutas exóticas empezaban a madurar. La catalpa ya había dado sus extraordinarios frutos, que parecían puros habanos de color negro. Pero Anders Knutas y Karin Jacobsson no habían ido allí para disfrutar de las flores y los árboles exóticos.

Esa tarde de viernes, de camino a un encuentro informal para policías en la terraza del centro de congresos Wisby Strand, fueron a dar un paseo al Botan, como lo llamaban los habitantes de la capital de la isla. Para Knutas, pasear por aquel lugar tenía además un efecto terapéutico, teniendo en cuenta todo aquello por lo que había pasado.

Había transcurrido más de un año, pero aún lo revivía con total claridad. Cómo persiguió al autor de los hechos hasta el cenador del Botánico, sacó el arma y efectuó un disparo antes de que el hombre, armado con una navaja, alcanzara a atacar a la joven que había elegido como su siguiente víctima. Knutas disparó sin dudar. Una y otra vez recreaba para sus adentros cómo el cuerpo caía inerte al suelo con una sacudida, cómo empezaba

a salir sangre de la boca, cómo se acercaban a la carrera los policías, el personal de la ambulancia..., el caos posterior.

El asesino aún vivía cuando llegaron al hospital de Visby, que se encontraba a un tiro de piedra de allí, pero fue imposible salvarle la vida.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Karin mirándolo a la cara.

—Bien —respondió él sin apartar la vista del cenador.

Era una verdad relativa. Sufría pesadillas desde que se produjo el tiroteo, aunque era cierto que cada vez eran menos frecuentes. La ansiedad aún no lo había abandonado del todo.

Las consecuencias. Los titulares malévolos que hablaban de violencia policial injustificada. Las acaloradas discusiones en los sofás de las matinés televisivas. Por todas partes circulaban fotografías suyas, como si él fuera el autor de los hechos, el malo de la película. De pronto, la atención se había desplazado de la excelente intervención policial contra un asesino en serie desquiciado, un psicópata, y había pasado a centrarse en la actuación de Knutas y a juzgar el hecho de que hubiera disparado. En lugar de aclamarlo como a un héroe por haberle salvado la vida a una de las humoristas y conferenciantes más populares del país y, además, haber detenido a un hombre que tenía sobre su conciencia la muerte de varias personas, lo señalaban a él como a un violento, como a un agresor. Claro que también había recibido alabanzas y expresiones de gratitud por parte de la mujer cuya vida había salvado y de sus seres queridos. Pero Knutas se tomó muy a pecho la tormenta mediática. Después de aquello, estuvo de baja varios meses, se refugió en el campo y se encerró en la casa de veraneo de Lickershamn.

Los dos se detuvieron y se sentaron en un banco. El sol les caldeaba la cara; el mar, que asomaba por los agujeros del muro, estaba más o menos en calma. Aún seguían de la mano, sin decir

nada. Sobraban las palabras, pues habían hablado del tema tantas veces que ya no quedaba nada que añadir.

Knutas miró a Karin, su pareja y su colega más cercana, observó la dulzura de su rostro, las cejas tan marcadas... Aún estaba bronceada, después de los días de verano que habían pasado en el campo. Pese a todo, ese último año habían estado bien, su relación se había vuelto más estable y profunda. Quizá los sucesos del año anterior hubieran ayudado a que intimaran más.

Para Karin tampoco fue fácil ese caso. Se había dejado engatusar por el hombre que luego resultó ser el cerebro que había detrás de los asesinatos. Su nombre figuraba en la investigación, Karin lo interrogó varias veces. En aquella época su relación con Knutas se encontraba en *stand by* y fue fácil influenciarla. Hasta mucho después, se estuvo recriminando haber estado tan ciega y haber sido tan ingenua.

Sin embargo, no hubo demasiado tiempo para culpabilizarse, pues él no tardó en necesitar su apoyo. Se encontraba débil y sensible y, a ratos, deprimido, pero Karin estuvo a su lado como una roca, ofreciéndole su apoyo inquebrantable. Para él fue fundamental, aunque ahora, cuando lo pensaba, sentía en ocasiones cierto cargo de conciencia por no haber sido él también un apoyo para ella.

—A veces no queda otra opción que decidirse —dijo Karin mirando al vacío—. Decidirse por seguir adelante, dejar atrás el pasado. Considerarlo historia. Pasar página para siempre.

Lo miró con aquellos ojos castaños de mirada intensa, le sonrió y le estrechó la mano más fuerte con un gesto alentador.

Knutas se quedó un rato en silencio, antes de responder, sin saber muy bien si ella se refería al tiroteo o al hecho de que vacilara tanto y se torturase con su anterior matrimonio, con su exmujer. Line, con la que tuvo a los gemelos y que había sido el gran amor de su vida. Lo había sido. Esa era la cuestión. Dejar

atrás el pasado y seguir adelante. Los niños eran adultos y estudiaban en la península, Line vivía en Copenhague y tenía una nueva vida. Tal vez esa fuera la idea, que la vida contuviera varias fases. Al menos, para algunos. No todas las relaciones duraban de por vida, ni mucho menos. Y él quizá hubiera superado ya con creces la fase de duelo. Después de todo, habían transcurrido siete años desde que se separó.

—Aceptación —continuó Karin pensativa—. Si aprendiéramos a aceptar que la vida va por rachas, que afrontamos sucesos duros, que somos felices y desgraciados también..., quizá todo sería más llevadero.

Knutas seguía en silencio.

—Quiero decir... Tú y yo hemos elegido esta profesión, que implica brutalidad, armas, enfrentamientos. No podemos esperar que, trabajando en la Policía, no habrá que vérselas con muertes, disparos y violencia. Igual que no podemos enamorarnos, amar e iniciar una relación creyendo que tenemos alguna garantía de seguridad eterna, de que durará para siempre. Vivir es correr riesgos. Continuamente. Tenemos que poder aceptar que las cosas ocurren y que la vida es cambiante.

Knutas ya la había oído decir todo aquello antes, pero le parecía que en ese momento era capaz de asimilar sus palabras de otra forma. Quizá porque estaban sentados allí, precisamente, en el mismo lugar donde la vida dio un giro brutal. Donde él mismo estuvo a un milímetro de la muerte. Así de fácil podía acabar todo, en efecto. En un nanosegundo. Sintió un impulso y, con la cabeza de ella entre las manos, la miró a los ojos.

—¿Quieres venir a vivir conmigo?